

1

Ethrin

Una luz tibia, teñida de tonos rojizos y azulados, atravesaba las viejas vidrieras circulares. La puerta de la catedral estaba entreabierta, y el coro de voces de los feligreses se oía como un murmullo desde el parque situado al otro lado de la calle. El cielo estaba completamente despejado y la luna, en fase de cuarto creciente, resplandecía en medio del firmamento.

Ethrin estaba sentada en el suelo, entre unos matorrales del solitario parque, justo frente a la puerta principal de la catedral. Hacía calor, ya había llegado el estío y las noches se habían tornado casi sofocantes. Odiaba aquella sensación pegajosa que la humedad y la temperatura dejaban sobre su pálida piel. Sus grandes ojos de color gris se movían de manera tranquila pero implacable, y controlaba cada coche y cada persona que transitaba por aquel lugar. Miró su reloj, ya se acercaba el momento. Se puso en pie con parsimonia y sacudió la tierra que le había quedado adherida a la parte trasera del pantalón. Caminó unos pasos hasta llegar a la acera, escapando de la semipenumbra en la que el parque se hallaba.

El murmullo del coro desapareció y segundos después la puerta del templo se abrió. Los feligreses comenzaron a salir de manera serena y silenciosa. Ethrin se acercó a un coche aparcado y observó su reflejo en la ventanilla. Con la punta de los dedos peinó de forma somera su rubio y liso cabello. Dio un paso hacia atrás y se dedicó una amplia sonrisa admirando aquella belleza nórdica de facciones rasgadas. La seguridad que transmitían sus movimientos causaba admiración y recelo a partes iguales.

Ethrin nunca había residido mucho tiempo en el mismo lugar, se cansaba pronto de todas las ciudades, ya fuera la más pequeña y remota o la más grande. No sabía si algún día encontraría aquel rincón del mundo en el que quisiera permanecer, donde no fuese una extraña en un lugar prestado. Hacía demasiados años que se sentía una descastada. Y, aunque había llegado a considerarla necesaria para su supervivencia, la sensación de soledad nunca la abandonaba. Solo se sentía parte de sí misma y no le resultaba una carga pesada; escuchaba hablar de la amistad y del amor, de la felicidad que procuraban aquellos sentimientos, como quien escucha el tráfico de la calle en un segundo plano mientras lee una novela en el sofá.

Cruzó la calle y se mezcló entre los parroquianos. Escrutaba cada cara y cada mirada con serenidad, de la misma manera en que una leona escrudiña un grupo de ñus para elegir su presa. Su caminar era seguro: tenía algo hipnótico, rozaba la frontera de lo sobrehumano. Clavaba su mirada en los ojos de todos ellos y se inmiscuía sin permiso en sus almas. Casi podía oler los sentimientos de cada uno de esos individuos: familias completas, parejas felices, ancianas que caminaban en grupo agarradas por el brazo, una cuadrilla de jóvenes quinceañeros con aspecto de niños bien y pelo engominado, hombres solitarios que olían a tabaco y colonia barata...

El padre Frank James era la persona que oficiaba en aquella antigua catedral; muchas personas se referían a él como padre Casanova. Según había llegado a oídos de Ethrin, aquel mote se debía a su conocido gusto por ayudar a mujeres que se encontraban en apuros a cambio de favores carnales. Ese era un tema del que nadie hablaba abiertamente, una conversación de esquina y susurro. El sacerdote era un personaje bastante influyente en Mistyville y sus alrededores, y podía crearle problemas casi a cualquiera. Además, aquellas chicas que habían necesitado de su ayuda guardaban un escrupuloso silencio al respecto y... ¿a quién diablos le importaba realmente lo que les sucediera? Él era un hombre

respetado, con poder, de buena familia y adinerada, mientras que aquellas mujeres carecían de todos esos atributos que convierten a una persona en un ciudadano respetable.

Ethrin detectó una figura al fondo, entre las sombras de una bocacalle: André Bouloc. André era un chivato, traficaba con información y no se manchaba las manos por nadie que no fuera él mismo. Tenía los antebrazos apoyados en el techo de un coche y hablaba con alguien que estaba en el interior, seguramente uno de sus informadores. Ethrin entró en el templo para evitar que la viera allí, quería mantenerse lejos de su mirada fisgona.

Un gran pasillo central cubierto con una alfombra de color rojo llegaba hasta un altar tallado en lo que parecía mármol blanco. Tras el púlpito se alzaban tres grandes vidrieras que reproducían varias escenas de la Biblia que Ethrin no supo identificar. A ambos lados del largo pasillo central, había dos filas de bancadas. En los extremos exteriores, una sucesión de columnas que se fundían con el abovedado techo y delimitaban los dos corredores laterales que desaparecían al topar con gruesas puertas de madera a derecha e izquierda del altar. A mitad de camino, en los pasillos laterales, se podían encontrar los confesionarios; aquellos cubículos de madera en los que los devotos venden su intimidad a cambio de escuchar que están perdonados.

El sonido del tacón de sus botas retumbó y se fue magnificando contra la piedra de las paredes y el techo a medida que Ethrin se internaba en la catedral. A derecha e izquierda de la entrada nacían sendas escaleras que se internaban en pasadizos oscuros que ascendían al piso superior. Sobre su cabeza, el techo no era tan alto como en el resto del edificio, ni tenía forma abovedada, sino que era liso. Se escucharon unos pasos en el pasadizo que se encontraba a la derecha, focalizó su atención y distinguió varios tipos de pisadas. Sin apenas hacer ruido, se encaminó al pasadizo del lado izquierdo y se deslizó en la oscuridad hasta detenerse, envuelta en sombras. Desde allí, vio salir a tres personas por la otra escalera. Eran dos mujeres de raza negra: una de ellas aparentaba quince o dieciséis

años y era toda una belleza; la otra debía de ser su madre, de unos cuarenta años y entrada en carnes, aunque con los rasgos faciales tan dulces y hermosos como los de la muchacha. El hombre superaba con creces los cincuenta y era muy alto y delgado, casi un esqueleto forrado con piel. Los tres llevaban sobre la ropa una banda de color azul brillante que caía sobre su pecho en forma de V; formaban parte del coro. Se detuvieron junto a la puerta principal del templo y charlaron unos segundos antes de que el hombre se despidiera de ellas estrechándoles la mano. Abandonaron el lugar.

Ethrin permaneció inmóvil, cerró los ojos y se concentró en detectar cualquier ruido, por insignificante que fuera. Arriba no quedaba nadie y, si lo había, estaba tan estacionario como ella. En la otra punta de la catedral, tras alguna de las puertas que cortaban los pasillos laterales, había alguien, podía escuchar el ruido de sus movimientos, pero por el momento no resultaba peligroso para sus intereses.

Volvió a salir de entre las sombras.

Caminó buscando las zonas más oscuras mientras observaba con detenimiento los detalles de toda aquella nave dedicada al culto religioso. La distribución, el equilibrio entre las partes, la magnificencia del conjunto, el juego de luces y sombras sin duda estudiado para alcanzar la perfección... Todo ello resultaba interesante y, sobre todo, agradable para los sentidos. Ethrin pensó que durante el día aquellos colores de los cristales, diseminados por la luz del sol, debían de ser una caricia para la vista.

Llegó hasta el púlpito y se quedó observando el conjunto formado por las tres grandes vidrieras que había tras este. Algunas inspiraban paz y sosiego, mientras que otras emanaban dolor y violencia. Ethrin nunca había logrado entender bien esa dualidad que percibía en la mayoría de las religiones entre amor y odio, paz y guerra, placidez y miedo. Aun así, era innegable la belleza de su arte.

—Pensé que al salir de la sacristía estaría solo. —La voz, grave y envolvente, provenía de detrás de ella—. Soy el padre Frank James. ¿Quieres algo? ¿Necesitas... ayuda? —Había pronunciado su

propio nombre con énfasis, como quien presenta la próxima actuación de la gran estrella del espectáculo, y la palabra «ayuda» se arrastró por su boca empapada de lascivia.

Ethrin se giró con lentitud. Acababa de dar comienzo su cacería. Casi le resultaban más excitantes los prolegómenos que la ejecución. Sabía de antemano que había ganado la partida; incluso antes de sentarse a jugarla ya era concedora de su absoluta supremacía. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

El padre James no era en absoluto lo que había imaginado. Se conservaba demasiado bien a pesar de rondar los sesenta años. Su rostro aparentaba ser el de un hombre veinte años menor, seguramente la buena mano de un cirujano tenía mucho que ver. Tenía los dientes alineados y el resplandeciente blanqueamiento contrastaba con su bronceado de cabina de rayos UVA. Era bastante alto y de hombros anchos. Conservaba una magnífica cabellera teñida de castaño y peinada con la raya al lado.

—En realidad no necesito nada —dijo Ethrin mientras descendía los tres escalones que daban acceso al altar, dirigiéndose hacia el sacerdote.

—Entonces... ¿Qué haces aquí? Evidentemente si entras en la casa del Señor a estas horas tendrás algún motivo. —Hablabla con seguridad. Aquella perfecta sonrisa no se esfumó de la cara de un hombre seguramente demasiado acostumbrado a controlar siempre la situación.

—En eso lleva razón, padre. —Ethrin se encontraba ya a apenas un metro de distancia de él. Enlenteció el caminar y su sonrisa desapareció mientras pronunciaba aquel «padre» con la misma carga de lascivia con que él le había ofrecido ayuda—. Tengo un buen motivo que me ha traído hasta aquí esta noche... Usted.

Con los cuerpos y los rostros a solo unos centímetros de distancia, el sacerdote parecía haber perdido parte de su seguridad. Su sonrisa ya no era tan amplia, y su mirada no permanecía fija, sino que iba y venía en viajes relámpago de los ojos fríos como glaciares a los carnosos y pálidos labios de Ethrin.

—Me buscas... a mí...

—Exacto, padre. —Subió las manos con lentitud y se desabrochó un botón más de la camisa—. Sé que no soy la primera mujer a la que recibe a estas horas.

—Parte de mi trabajo es ayudar a mis feligresas —comenzó a justificarse sin demasiada firmeza y con los ojos fijos como tachuelas en el escote de Ethrin.

—Lo sé, lo sé. —Dio un paso más y permitió que su cuerpo rozase el del sacerdote y que sus alientos se mezclaran. No apartaba los ojos de los de él, que aguantaba el tipo lo mejor que podía—. No he venido aquí a pedirle explicaciones... No me importa la vida de los demás.

—Entonces... —dijo él casi balbuciendo.

Ethrin acercó su rostro al del padre Frank James. Con la punta de la nariz fue rozándole desde la oreja hasta casi llegar al final del cuello, luego posó sus labios con levedad y lo besó sobre la yugular ejerciendo una breve presión. El cuerpo del sacerdote se estremeció y su espalda realizó una torsión discreta pero perceptible.

—Espera... pueden vernos.

Se apartó de ella y se dirigió con paso acelerado hacia la entrada. Cerró la puerta principal e introdujo una gran llave que hizo girar dos veces. Cuando se sintió a salvo de miradas indiscretas, se volvió. Ethrin no estaba en el mismo lugar. Ahora se encontraba junto a uno de los confesionarios, con la espalda apoyada contra la madera y mirándole mientras se soltaba otro botón de la camisa. El padre James caminaba hacia ella con su estudiada sonrisa dibujada nuevamente en el rostro, una vez seguro de que su intachable reputación permanecería a salvo.

—¿Qué vas a pedirme a cambio? —preguntó con la voz cargada de vicio y los labios llenos de saliva mientras ponía una mano en la cintura de Ethrin y la iba deslizando, despacio—. Dinero no parece hacerte falta. ¿Una recomendación quizá? ¿Necesitas que hable a tu favor con algún juez? Seguro que eres una chica muy mala.

Parecía que el famoso padre Casanova se dejaba contemplar en todo su esplendor. Saberse a solas con ella había tenido sobre él un efecto de desinhibición. Se acercó más, haciendo notar su excitación en el muslo de Ethrin.

—Mmmm —gimió ella—. No quiero nada de eso que ha dicho. —Había convertido su voz en un susurro provocador que liberaba haciendo rozar sus labios en la oreja de un padre cada vez más excitado—. Ya le he dicho que mi motivo para venir es usted... Sé que me puede aportar mucha vitalidad.

—¿Tan buena es mi fama? —preguntó él casi gimiendo las palabras, dejando de besar y lamerle el canalillo el tiempo justo para pronunciar cada frase—. ¿Quieres que te confiese? —dijo sujetándola con fuerza y llevándola hasta el interior del confesionario.

Él tomó asiento. Ethrin le miraba mientras sonreía. El hombre apenas tardó en terminar de desabrocharse y bajarse los pantalones hasta las rodillas. Ella se acercó y se sentó a horcajadas sobre sus piernas, frente a frente. Apoyó las dos manos en los laterales de la cabeza del sacerdote, que estaba obcecado en lamer sus senos, y se la giró con suavidad. Puso la punta de su lengua tras la oreja y fue descendiendo con tranquilidad por el cuello. Podía sentir cómo el corazón del padre latía alterado. Olía el flujo de sangre circulando con fuerza bajo aquella piel. Continuó lamiendo hasta que encontró el punto adecuado, allí donde la carótida fluía con mayor potencia. Hizo descender sus manos por los brazos del padre James y los apretó con fuerza. Él estaba tan afanado en su tarea que no pareció darse cuenta de la increíble presión que aquella mujer conseguía ejercer.

La boca de Ethrin se abrió todo lo que la mandíbula dio de sí. Los colmillos retráctiles salieron de su escondrijo en un abrir y cerrar de ojos, como las uñas de un gato. Sujetó las piernas del sacerdote apretándolas entre las suyas y cerró la mandíbula con rapidez, clavando los colmillos hasta la arteria, tragando toda la sangre que brotaba de ella. Sintió cómo su cuerpo se iba llenando de vida. Él intentaba soltarse con inútiles meneos casi espasmódi-

cos. Todavía no había comprendido qué era lo que le estaba pasando. Solo notaba dolor en el cuello y empezaba a comprender que estaba inmovilizado. No tardaría en perder el conocimiento y dejar de defenderse. El volumen de sangre perdida fue muy abundante en poco tiempo. Ethrin no quería terminar con su vida. Cuando el cuerpo del padre Casanova quedó inconsciente, retiró los colmillos. Sin separar los labios del cuello del sacerdote continuó sorbiendo hasta sentirse saciada. Al terminar, taponó los orificios con la palma de la mano. Mantuvo la presión apenas unos segundos.

Ethrin esperó a que las heridas hubieron dejado de sangrar y se puso en pie. Sus labios estaban ahora teñidos de rosa intenso y su piel ya no era tan pálida; ahora tenía un color mucho más saludable. Observó el cuerpo del hombre, caído en el interior de aquel cubículo de madera, con los pantalones bajados. Una imagen lamentable para alguien de su posición social. Al despertar no sabría qué había sucedido. Las heridas estaban desapareciendo, solo se apreciaban cuatro puntos de tejido cicatrizante que, para cuando él hubiese recobrado la conciencia, ya habrían desaparecido.

Ethrin salió del confesionario y se aseguró de no haberse manchado de sangre.

—Ha sido un verdadero placer —dijo mientras cerraba la cortina del confesionario.

Con paso decidido, se encaminó hacia la puerta principal.